

RAFAEL NARBONA

RETRATO DEL REPORTERO ADOLESCENTE

UN PASEO POR EL SIGLO XX



PPC


RAFAEL NARBONA

**RETRATO DEL REPORTERO
ADOLESCENTE**

UN PASEO POR EL SIGLO XX



Diseño: Estudio SM

Ilustraciones de cubierta: Jaime González Galilea

© 2021, Rafael Narbona Monteagudo

© 2021, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ppccedit@ppc-editorial.com

www.ppc-editorial.com

ISBN 978-84-288-3826-9

Depósito legal: M 32969-2021

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

Para Piedad, que podría haber sido amiga de Tintín
y Haddock y que no se cansa de escuchar el
«aria de las joyas» de Gounod.
Y para mi querido amigo
Fernando Rivas Rebaque,
un sabio tan entrañable como Silvestre Tornasol.

PRÓLOGO

LA LÍNEA CLARA

Rafael Narbona ha exagerado mis méritos. No soy especialmente hábil recabando dinero de los bancos: a no ser por la diligencia y generosidad de algunos amigos, no habría llegado a existir *Revista de Libros*. Y siendo verdad que Ratzinger y yo hemos compartido varias veces un té –y hasta una botella de Pinot noir–, eso fue antes de que lo nombraran papa. De modo que dejo para mejor ocasión mi biografía y voy a la realidad doble, triple, cuádruple, en que Rafael nos adentra a lo largo de su libro. Lo esencial: el protagonista de la obra no es Hergé, sino el propio Tintín, al que Rafael, gracias, ahora sí, a mis pesquisas investigadoras, cree localizar en una residencia de ancianos belga. En el primer capítulo, Rafael se desplaza desde el supuesto Tintín que vive de incógnito en las afueras de Bruselas al otro, el de las tiras cómicas, de forma magistral. Al llegar a la residencia de ancianos, inquiera por el héroe y solo consigue que lo tomen por loco. Se sienta en un sofá rojo, pensando que todo va a quedar en agua de borrajas. En ese momento se acerca a él un viejecito muy menudo y le pregunta si está buscando a algún familiar. Pegan la hebra y el anciano menciona casualmente a un fox terrier blanco que le había acompañado en otros tiempos. Rafael observa con atención a su interlocutor: «Tenía un mechón blanco y unos rasgos borrosos. Su

rostro parecía una de esas caricaturas que hacen los niños: dos puntitos blancos para representar los ojos, un círculo en lugar de la boca, una nariz minúscula». Ya está montado el artificio que le servirá al autor para presentarnos, uno a uno, los álbumes de la serie famosa. Tintín es un héroe de cómic, pero el anciano deja caer que las historias imaginadas por Hergé tal vez coinciden con episodios de la vida de un personaje real, y que ese personaje es él mismo. Nunca sabremos quién es ese anciano que cultiva el equívoco: ¿un impostor, un loco, alguien que admira a Tintín hasta el extremo de haberse atribuido su identidad? Podemos vertebrar cada álbum a través de las respuestas que el anciano da a las preguntas de Rafael Narbona. Acotaciones de este sirven para atar los cabos sueltos, y de paso se introducen en el texto discusiones o glosas sobre política, historia, moral, ciencia y filosofía. Haddock, el profesor Tornasol, Milú o la Castafiore zascandilean de un lado a otro, creando la impresión de que lo verdadero e imaginario conviven en estrecha promiscuidad. El único personaje cuya existencia consta en los registros parroquiales, Hergé, aparece también, si bien no de forma directa, sino en un sueño del autor. La ironía es clara y acentúa el filo de esta obra inteligente y bien escrita.

Permítanme que me detenga un instante en lo de «bien escrita». No es fácil escribir en español, como creo que en algún momento observó Jorge Luis Borges, una de las referencias recurrentes en *Retrato del reportero adolescente*. La causa principal reside en que el español, un idioma fonéticamente muy simple, es vulnerable a la cacofonía. Ello provoca que, al revés de lo que sucede en inglés, la repetición

de una palabra pese como una losa en la percepción del lector. Habitualmente, se evita la agresión cacofónica mediante el uso de pronombres, lo que confiere a la construcción del discurso una complejidad considerable y, en ocasiones, cierta pesadez. Pocos escritores han conseguido eludir la hipotaxis. Un ejemplo señero es el de Azorín. Pues bien, Rafael Narbona pertenece a esta categoría infrecuente. Sus frases son cortas y sencillas, y, aun así, se anudan con precisión. El enlace viene dado por el sentido, no por la gramática. Cada tramo se sostiene sobre el anterior sin necesidad de referencias cruzadas o de la sustitución de una voz por un sinónimo. El resultado es bueno, muy bueno. Una prosa limpia sobre la que nos desplazamos sin dar saltos, hacer volatines o forzar la memoria.

Retomo a Tintín. Sospecho que los tintinólogos, o, para ser más exactos, los tintinéfilos, concurrimos en una sensación: la de la verosimilitud. Una pintura o una narración son verosímiles cuando dispensan elementos, claves, gracias a los cuales se hace posible imaginar una realidad paralela. La verosimilitud, en el territorio de la narración visual, no guarda relación alguna con el trampantojo o *trompe-l'oeil*. El trampantojo se propone suscitar en el espectador una confusión: habrá tenido éxito el engaño si el espectador cree haber experimentado lo mismo que frente a un hecho o una escena de verdad. En la historia de la pintura, el *trompe-l'oeil* encontró sus mejores armas en la perspectiva y el claroscuro barroco. Una y otro hicieron posible que el cuadro terminase pareciendo una especie de fotografía. Lo verosímil, por el contrario, no busca en absoluto imitar lo real. Pensemos en

El baño turco, de Ingres. Ingres no ha construido el facsímil de un harén. Ni siquiera el espacio que Ingres nos propone en su lienzo se atiene a las exigencias de perspectiva de rigor. Pero es rico en detalles, en referencias, en astutas salacidades. Y genera, con enorme eficacia, la idea de una aglomeración. Podríamos estar ahí, en mitad de esa muchedumbre de mujeres cuya languidez, cuyo abandono, equivale a una entrega. De ahí la magia de la tela.

Esa magia es inseparable de lo que en el texto de Narbona se califica como «línea clara». Este concepto, que Narbona toma de la literatura exegética sobre Tintín, resulta aplicable sin violencia alguna a la historia de la pintura. La fuente, la cabeza del manantial, fue David. Ingres, uno de sus discípulos, recoge el testigo. Lo recibe, a través de un discípulo de Ingres, Degas, y de ahí pasa a Toulouse-Lautrec, y de Toulouse-Lautrec a Picasso. En manos de este último se pierde algo fundamental: la ambición narrativa. Picasso, orientado hacia la abstracción, utiliza la línea clara para componer, no para contar. Pero en Ingres, en Degas, en Toulouse-Lautrec, la línea clara se explota todavía con el propósito de efectuar una enumeración de las presencias –las personas, los perfiles, los ademanes– que hinchén el universo. A través de esa enumeración cabe tejer una realidad bis, un mundo dos.

Según nos recuerda más de una vez Narbona, Ingres fue el principal inspirador visual de Hergé. Circunstancia fascinante, dado que Hergé es un autor de tiras cómicas. El cómic tiende, por definición, al esquematismo. El carácter sumario, narrativamente expeditivo, de las imágenes en que se apoya el autor de cómics para dar remate a una narración,

por lo común breve, se opone a la precisión figurativa en que se esmeraron Ingres y compañía. Conciliar la precisión de la línea clara con la urgencia de las historietas por entregas constituye una contradicción, un oxímoron, o algo que está a punto de serlo.

Rafael nos relata, y ahí reside uno de los valores principales del libro, el largo periplo recorrido por Hergé antes de llegar a la madurez artística. Durante decenios, Hergé construyó sus álbumes a partir de entregas periódicas compuestas por cuatro viñetas. El cuarteto debía surtir efecto como tal, esto es, dentro de un margen estrecho: $1 + 1 + 1 + 1 = 4$. La última viñeta cerraba el ciclo. *Tintín en el Congo*, o *Tintín en América*, o *Tintín en el país de los soviets* traslucen los límites de este procedimiento creador. Los álbumes cobran forma por el empalme de gags que han sido concebidos como tales antes de que su suma dé lugar a un libro.

Hergé obtuvo su tono, su registro único más tarde, máxime en *El asunto Tornasol*, *Tintín en el Tíbet* o *Las joyas de la Castafiore*, mi título preferido. En todos estos casos existe un propósito narrativo de aliento largo. La ecuación « $1 + 1 + 1 + 1 = 4$ » deja de ser determinante: las imágenes y las situaciones ya no sirven a la necesidad de resultar gracioso en dos patadas –mejor, en cuatro–, y el autor puede rebajar el ritmo sincopado de las historietas al uso y dedicarse a retratar ambientes, interiores, paisajes. Esto potencia la verosimilitud. En *El asunto Tornasol*, Hergé reproduce el aeropuerto Cointrin de Ginebra con fidelidad asombrosa: según parece, viajó hasta allí y sacó apuntes y notas. Los automóviles corresponden con frecuencia a una marca exacta y un

modelo exacto. Este escrúpulo documental se inicia, nos cuenta Narbona, en *El Loto Azul*, donde los ideogramas que constelan tapias y pancartas fueron diseñados previamente por Zhang, un amigo de Hergé, y contienen recados e intimaciones escritos en chino mandarín auténtico. Sabemos que Flaubert, durante la redacción de *Bouvard et Pécuchet*, pidió a Maupassant, su discípulo y protegido, que recorriera la costa normanda para reunir datos rigurosamente fidedignos sobre el escenario en que se suceden algunos de los lances de su libro. La idea, en cierto modo, es absurda. El color o forma de las rocas y cantiles no quitan ni añaden nada a la fuerza dramática de la novela. Pero comprendemos la pulsión flaubertiana. De un lado, el afán de precisión no distingue entre el lenguaje y los contenidos: el artista que sacrificaba horas a la elección de un verbo, de un adjetivo, no podía tolerar que la glosa paisajística quedara sujeta al azar o a la vaga generalización. Justamente lo contrario, por cierto, de lo que ocurre en Galdós. Del otro lado, Flaubert ansiaba que su construcción fantasiosa no fuese menos compleja que la realidad misma, lo que le obligaba a indagar detalles. Nuestra facundia imaginativa es muy limitada. Somos capaces de recombinar elementos, no de inventarlos. El hiperrealismo de Flaubert no es fotográfico, sino que obedece al deseo de que el mundo no se empobrezca al cristalizar en palabras. Algo de esto, salvando las distancias, parece haberle sucedido a Hergé.

Acaso sea más oportuna otra analogía. Todo niño que se ha disfrazado sabe que el disfraz perderá sus virtudes hechiceras si no copia aspectos del original. El que se traviste de

piel roja se pone al cinto el equivalente de un *tomahawk*: no vale una cuchara o un cuchillo de trinchar carne. El que va de coronel del ejército norteamericano deseará lucir en el hombro las estrellas de un coronel del ejército norteamericano. Hergé nos proporciona esas ilusiones primarias, fáciles de enunciar, pero no de ejecutar: la preparación de las viñetas comportaba días, semanas, de documentación y minucioso trabajo. Conforme fue mejorando la situación financiera de Hergé, cambió también su forma de programar las historias animadas. Las entregas dejaron de ser regulares y pudo destinar más tiempo a la concepción y ejecución de las viñetas; delegó parte de la tarea en un equipo, y adquirió holgura para viajar y reunir información de primera mano. Hergé pudo explayarse en visiones o figuraciones que extraen su valor de la observación exacta. *Las joyas de la Castafiore* es ya comedia de costumbres, no un *thriller* o una aventura. El testimonio ocular cuenta tanto como la acción, el *slapstick* o el traspié cómico. Una verdadera rareza en el mundo del cómic. Creo que los tintinéfilos me entienden. Y que han compartido conmigo el placer de reencontrar, en el espacio exiguo de unas cuantas viñetas, referencias escrupulosas a una verdad familiar. Repito que *Las joyas de la Castafiore* es mi álbum favorito. No sorprendentemente, me gustan menos *Objetivo: la Luna* o *Aterrizaje en la Luna*.

Narbona y yo pertenecemos a la misma generación, por mucho que, si las estadísticas se cumplen, vaya a morirme diez años antes que él. En todo caso, me reconozco en sus propias rememoraciones. Él leía en su piso de Argüelles los álbumes que le habían comprado sus padres. Yo empecé a

leer a Tintín por mediación de mi madre, que me traducía del francés historias inéditas todavía en español. Después las he leído a mis hijos, cuando eran aún pequeños. Como observa Narbona a propósito de las nuevas generaciones, sospecho que no sacaron de esa experiencia el gozo que pudimos sentir él o yo. Y es que el tiempo esconde secretos que no sabemos explicar. Por eso pasa el tiempo: porque los secretos se quedan en nosotros, como un tesoro y también como una especie de fatalidad. Esto dicho, *Retrato del reportero adolescente* interesará a los lectores inteligentes, aunque sean muy jóvenes. El enigma de la creación artística, aunque sea a través de un género convencionalmente menor, aparece analizado con amenidad, cacumen y amplio dominio de la materia. En Narbona nos habla el *connoisseur*: el que une a la pericia la pasión.

ÁLVARO DELGADO-GAL

ENCUENTRO EN BRUSELAS

Cuando Álvaro Delgado-Gal me llamó por teléfono y me dijo que creía haber localizado a Tintín en una residencia de la tercera edad ubicada en un popular barrio de Bruselas, no me sorprendí, pues mi antiguo profesor de lógica siempre había poseído una asombrosa habilidad para abrir las puertas más insospechadas. Aún recuerdo sus dilatadas conversaciones con Ratzinger. Poco después de ser elegido papa, lo invitó a Roma y platicaron de temas que solo ellos conocen, pues sus encuentros nunca salieron a la luz. Yo me preguntaba de qué podrían hablar un escéptico y un tímido teólogo que había llegado a la cúspide de la Iglesia católica. ¿Quizá de lógica y mecánica cuántica? ¿O tal vez de arte? Hijo del pintor Delgado Ramos, Álvaro quizá abordó el conflicto entre la idea y su ejecución material, rozando planteamientos neoplatónicos. O quizá reflexionó sobre el expresionismo como técnica pictórica para captar y reproducir el paisaje de Castilla. Puede que solo hablaran de trivialidades. Los hombres que ejercen tareas intelectuales muchas veces se complacen con lo sencillo y pueril.

La llamada telefónica de Álvaro se produjo –si mi memoria no me engaña– en 2007. Hacia febrero. Lo recuerdo porque ese invierno fue particularmente frío, y en Madrid afloró la inclemencia del páramo castellano, que suele pasar

inadvertida por el estrato de hormigón y asfalto que cubre su relieve. Álvaro me relató su descubrimiento con ese discreto entusiasmo que acompaña a los caracteres templados, prohibiéndoles expresar sus emociones de forma ruidosa y vehemente.

–No estoy seguro, pero creo que es él. Siempre sospeché que no era un personaje de ficción, sino alguien real. Ahora tenemos la oportunidad de comprobarlo.

Eché cuentas y calculé que, si realmente se trataba de Tintín, debía rondar los noventa y tres años. Su primera aparición pública tuvo lugar en 1929, cuando tenía dieciséis. Me pregunté si conservaría su lucidez. Siempre había soñado mantener con él una larga conversación, preguntándole por su papel en siglo xx. Tintín pertenece a la galería de grandes personajes de una época particularmente convulsa. Su genio está a la altura de John Reed, Hemingway, Lawrence de Arabia o Churchill. Álvaro me dijo que había comprado un billete de avión para mí y que podía facilitarme el dinero necesario para pasar una noche en un hotel de tres estrellas. Me pidió que le hiciera una entrevista para publicarla en *Revista de Libros*, cuya dirección había asumido desde sus inicios. En esas fechas, yo ya no era un estudiante de filosofía, sino un profesor de filosofía que había saltado al periodismo, huyendo de la estridencia de las aulas.

–Será una gran exclusiva –dijo Álvaro, por entonces y aún hoy mi jefe, un cargo que siempre ha ejercido con notable indulgencia–. Es una excelente oportunidad para contrastar la realidad con los relatos de Hergé. Siempre pensé que el dibujante nos ocultaba muchas cosas por un absurdo

sentido del pudor. Tintín desapareció de una forma tan misteriosa como Ambrose Bierce. Quizá ahora podremos averiguar cosas que han permanecido en la sombra, como quiénes eran sus padres, si se enamoró alguna vez o por qué no tuvo hijos.

—¿Cómo lo reconoceré? Las canas habrán borrado el rojo de sus cabellos y, probablemente, sus rasgos se habrán deformado. Se le perdió la pista en 1984. Han pasado más de veinte años.

—Sin duda es complicado. En la residencia no figura su nombre. Creo que ingresó con una identidad falsa. Tendrás que arriesgarte. Finge que buscas a un familiar lejano. Sois de la misma estatura y os dais un aire. Creerán que existe un parentesco entre vosotros.

Partí hacia Bruselas una mañana lluviosa. El tiempo parecía anticipar lo que me encontraría en la capital belga: cielos de color ceniza, lluvia insistente, parques impregnados de melancolía. «Aquí siempre es invierno», pensé, subiéndome las solapas del abrigo mientras bajaba del avión. Después de dejar la maleta en el hotel, salí a la calle con un paraguas y un callejero. Sobre el mapa, la residencia estaba cerca, pero la realidad y su representación, lejos de coincidir, suelen discrepar enérgicamente. Mientras caminaba bajo la lluvia, pensé en el mapa de Borges, cuya extensión coincide meticolosamente con el reino que reproduce. ¿Dónde se alojó ese mapa? No en un libro, pero tampoco en una biblioteca. La ficción a veces usurpa y rebasa el lugar de la realidad. ¿Era Tintín un personaje de ficción o alguien real, como sospechaba Álvaro? Cabe preguntarse qué es lo real: ¿un

evento verificado en un laboratorio? Con ese criterio tendríamos que enviar al desván del conocimiento infinidad de creencias que hacen el cosmos inteligible. ¿Acaso la ficción no es un hecho más, un acontecimiento que modifica la realidad? ¿Sería posible entender el siglo xx sin Tintín? Creo que no. De hecho, el periodista del mechón pelirrojo me parece mucho más real que infinidad de personas cuyas vidas no han dejado ninguna huella en la posteridad.

En la residencia se mostraron muy amables. Me identifiqué como *Monsieur* Narbonne, explicando que buscaba a un pariente.

–Me temo que aquí no hay nadie con ese apellido –objetó la recepcionista, una joven que mordisqueaba un bolígrafo con aburrimento.

Fingí una enorme contrariedad y pregunté si podía tomar algo en la cafetería.

–Sin ningún problema –contestó, dejando el bolígrafo sobre el mostrador, casi como el que entrega un arma admitiendo su derrota.

La cafetería era grande y acogedora. Infinidad de plantas muy cuidadas combatían la tristeza que desprendía el exterior, barrido por una lluvia que oscilaba como una gigantesca cortina. Solo había un puñado de ancianos jugando a las cartas. Todos parecían gozar de autonomía y salud. Decidí hablar con ellos preguntando por Tintín.

–¿Está de broma? –preguntó un viejo con un bigote blanco de coronel retirado–. Tintín es un personaje de ficción. ¿No querrá también hablar con Astérix? Ya sabe que los dos rivalizaban en fama.

Sus acompañantes me miraron con una mezcla de perplejidad y sorna.

–Discúlpeme –respondí, intentando que mis pesquisas no montaran revuelo. No quería que alguien me invitara a marcharme, acusándome de estar mal de la cabeza.

Paseé por los pasillos con discreción, mezclándome con los ancianos y sus familias. Algunos de los residentes se encontraban en silla de ruedas; otros parecían ausentes, con la mirada perdida y la boca entreabierta, como si su mente se hallara muy lejos de allí.

Me senté en un sofá rojo y escruté el hueco de la escalera. Había tres plantas. La última parecía fortificada, pues una verja cerraba el paso.

–Quiere saber que hay ahí, ¿verdad? –preguntó un viejecito muy menudo que se sentó a mi lado.

–Me extrañan tantas medidas de seguridad.

–Es la zona de desguace o, si lo prefiere, el cementerio de elefantes. Ahí están los más graves, los que no pueden hacer nada sin ayuda. La mayoría ya no se entera de lo que sucede. Hace unos años, una señora saltó por el hueco de la escalera. Por eso está la verja.

Pensé que Tintín, si en realidad vivía en la residencia, tal vez se encontraría allí, babeando lastimosamente. ¿Había fracasado? No me pareció improbable. ¿Qué diría Álvaro? Sabía que se sentiría muy desilusionado.

–¿Ha venido a visitar a algún familiar? –preguntó el viejecito.

–No. A un mito, pero creo que acabo de darme de bruces con la realidad.

–Este no es un mal lugar. El trato es bueno y la comida aceptable. Solo echo de menos tener un perro a mis pies. Aquí no está permitido. Cuando era más joven, tuve un fox terrier blanco. Era muy inteligente, pero a veces cometía alguna travesura.

–¿Cómo se llamaba su perro?

–Milú. Le suena, ¿verdad? Siempre he sido un gran admirador de Tintín. Fue una manera de homenajear a uno de mis héroes de papel.

Volví la cabeza y observé al anciano. Tenía un mechón blanco y unos rasgos borrosos. Su rostro parecía una de esas caricaturas que hacen los niños: dos puntitos para representar los ojos, un círculo en el lugar de la boca, una nariz minúscula.

–¿Cómo se llama usted? –pregunté.

–¿Qué importa eso?

–Se parece a Tintín, el famoso periodista.

El anciano sonrió sin aclarar su identidad.

Le miré fijamente a la cara, incitándole con la mirada a decir algo más.

–Usted busca un mito, pero quizá le decepcione. Yo solo soy un periodista jubilado. Disfruté de cierta notoriedad, pero ya he caído en el olvido. Por su acento noto que no es francés ni belga. ¿Quizá español? Nunca puse los pies en España, pero una vez vi Santa Cruz de Tenerife desde la cubierta de un barco. También sobrevolé el país, pero me extravié por culpa de una tormenta y me estrellé en el Sahara.

Me levanté para observarle. No llevaba pantalones de golf, sino unos *jeans* y unas zapatillas de deporte, unas Adidas rojas con tres franjas doradas.

–¿Le llaman la atención mis zapatillas? A mi edad son lo más cómodo.

–¿Cuántos años tiene?

–Muchos. Nací en 1914. No se creará dónde.

–Le aseguro que lo crearé.

–Mi padre era aviador comercial. De niño siempre estaba de un lado para otro. Con diez años yo ya conocía todos los instrumentos de vuelo: el anemómetro, el altímetro, el variómetro, el coordinador de giro y viraje, el horizonte artificial, la disposición en T. Más adelante me vino muy bien saber estas cosas. Me salvó de muchos apuros.

–Veo que tiene usted buena memoria. Aún no me ha dicho dónde nació.

–En una pequeña aldea del Congo. Mis padres vivían en la colonia. Mi madre era profesora de literatura en un colegio para hijos de familias blancas. Cuando estaba a punto de dar a luz, mi padre la subió al coche para que la atendieran en un hospital, pero el vehículo se averió por el camino. Unos nativos se toparon con ellos y los llevaron a su poblado. Entre varias mujeres y un hechicero lograron que yo naciera sin problemas. ¿No le parece una bonita historia?

–Sin duda.

–¿Caminamos un poco?

–¿Por qué no?

El anciano se movía con una agilidad inverosímil para su edad.

–Está usted en buena forma.

–Hago gimnasia desde joven y también algo de yoga. No he fumado ni bebido. Me he emborrachado alguna vez,

pero fue por circunstancias excepcionales. En una ocasión me esperaba un piquete de fusilamiento y pensé que el alcohol podría ayudarme.

–¿Dónde fue lo del piquete?

–En Bolivia, en la época de la Guerra del Chaco. América Latina siempre está enredada en conflictos: golpes de Estado, gobiernos corruptos, guerras absurdas.

–Me ha dicho que su padre era aviador. Sería uno de los pioneros.

–Así es. Fue correo postal. Perdió la vida durante un viaje. Se estrelló contra uno de los picos de las montañas Virunga. La fatalidad quiso que mi madre viajara ese día con él. Me quedé huérfano a los doce años.

–¡Cuánto lo siento! ¿No tuvo hermanos?

–No. Era hijo único.

–¿Qué hizo entonces?

–Se hicieron cargo de mí unos misioneros. Fueron muy buenos conmigo. Mi madre me había inculcado el amor a los libros de aventuras: Verne, Salgari, Karl May, Zane Grey, Stevenson. Un sacerdote llamado Pierre Dubois me tomó mucho cariño. Fomentó mi afición a la lectura y me inculcó los principios de la moral *scout*. Cuando le trasladaron a Bruselas, me llevó con él.

El anciano y yo nos detuvimos en el vestíbulo, cansados de recorrer una y otra vez los pasillos. El interior de una residencia nunca es grato: ancianos en sillas de ruedas, expresiones que reflejan el avance de la demencia, olor a desinfectante, plantas artificiales, dibujos infantiles que solo acentúan la sensación de decadencia.

–Tengo un salacot en mi cuarto. ¿Quiere que se lo enseñe? –preguntó el viejecito, con ojos divertidos.

Su habitación era individual y estaba llena de recuerdos. Fotografías de los cinco continentes, un galeón, un mapa de Europa antes de la Segunda Guerra Mundial, una imagen de la cara oculta de la Luna, un amuleto inca, un vinilo del *Fausto* de Gounod, con la soprano Maria Callas en el papel de Margarita. De la pared colgaba un salacot en buen estado de conservación. El anciano se lo caló y sonrió con una expresión infantil.

–¡Cuántos recuerdos tiene usted! –exclamé–. Se nota que su vida ha sido muy interesante.

–Una aventura tras otra.

–Parece que siente nostalgia.

–Ya estoy mayor para aventuras, pero echo de menos a los viejos amigos.

–¿Qué le sucedió a Milú? Imagino que murió de viejo.

–Una insuficiencia renal acabó con él poco antes de cumplir los diecisiete años. Se ve que la longevidad está de nuestro lado. Yo espero llegar a los cien. Milú está enterrado en un claro de la selva de Bolivia. Quizá habría sido mejor proporcionarle una tumba en los jardines del castillo de Cheverny, donde vivía uno de mis mejores amigos, un viejo lobo de mar, pero no fue posible.

–¿Por qué no se quedó a vivir en Cheverny?

–Mi entrañable amigo se casó con una soprano. Odiaba la ópera, pero no quiso pasar solo sus últimos años. Me ofrecieron continuar viviendo en el castillo, pero yo no iba a cometer esa falta de delicadeza. Un matrimonio necesita inti-

midad. Preferí subirme a un avión con Milú y recorrer América del Sur.

-¿No tenía más amigos?

-Sí, claro, el profesor Tifón.

-¿Quién era?

-¿No lee la prensa? Vaya periodista. Fue el primero en diseñar redes de comunicación digital, pero un científico rival se apoderó de sus investigaciones y las vendió al Departamento de Defensa de Estados Unidos. Profundamente abatido, se marchó a vivir a una cabaña en Noruega, con la intención de profundizar en la lectura de Wittgenstein. De vez en cuando visitaba Cheverny. Dejó de hacerlo cuando murió nuestro amigo común, el capitán... Bueno, ¿qué importa su nombre? El profesor no soportaba recorrer el castillo, sabiendo que ya no se encontraría con él en los pasillos o en alguno de los salones. Volvió a su cabaña de Noruega. Pasó sus últimos días estudiando los agujeros negros. Se ahogó nadando en un lago.

-Una pena. Morir ahogado debe de ser horrible.

-¿Hay alguna forma agradable de morir?

-¿De qué murió su amigo el capitán?

-Del hígado. Demasiado *whisky*.

-¿Y qué sucedió con su mujer, la soprano?

-Póngase al día. Todos los periódicos contaron que su avión privado se estrelló en un lugar indeterminado del Mediterráneo. No es un mal destino. Quizá se haya encontrado con Saint-Exupéry. Dos de mis mejores amigos tuvieron una muerte mucho menos lírica.

-¿También eran cantantes?

–No, directores de la policía belga. Nadie dudó jamás de su integridad, pero haciendo pesquisas eran un desastre. Se electrocutaron arreglando la máquina de café de su despacho. Se empeñaron en cambiar un enchufe, pese a que había un servicio de mantenimiento. No sé qué hicieron, pero la corriente los fulminó. El Gobierno los honró con un funeral de Estado.

–Perdone que sea indiscreto. ¿Usted nunca se enamoró? ¿Jamás tuvo una novia?

–Sí, pero duró poco y no me gustó que otra persona se inmiscuyera en mi vida. Averigüé enseguida que no estaba dispuesto a renunciar a mi libertad. Algunos me han acusado de misógino e incluso de gay reprimido. ¡Que digan lo que quieran! Los que se aburren necesitan inventar chismes para entretenerse.

–¿Qué recuerda de su trabajo periodístico?

–Fui bastante irregular en mi trayectoria. En algunas épocas no publiqué ni un artículo. No sirvo para trabajar de asalariado. Soy un poco anarquista. Me gusta ir a mi aire, sin rendir cuentas a nadie. Sin embargo, nunca dejé de escribir. Acumulé más de mil páginas de recuerdos.

–¿Sus memorias?

–Tendría que encontrar al editor adecuado. Ahora solo se publican tonterías.

–¿Se considera un periodista o un aventurero?

–Un hombre inquieto, alguien que no se conformó con el papel de testigo. Cuando me limité a observar, sin involucrarme en los hechos, sentí que me traicionaba a mí mismo.

Bajamos al vestíbulo, cogidos del brazo, como dos viejos amigos. Animado por el encuentro, me atreví a tutearle.

–No caiga en la trampa del tuteo –me pidió con suavidad–. La amistad no excluye las reglas de cortesía.

–¿Me concedería una serie de entrevistas?

–Yo no soy nadie. Escribí unos cuantos artículos, conocí a personajes famosos, como Lawrence de Arabia, Audrey Hepburn, Churchill o Mishima, viví una época con grandes acontecimientos. Eso es todo.

–¿Le parece poco? Además, tenemos una pasión común. Los dos admiramos a Tintín. Podríamos utilizar sus álbumes para repasar el siglo xx.

–No suena mal. Me ayudaría a sobrellevar el tiempo. La vida en una residencia no tiene muchos alicientes. Pasa muy despacio, casi como si cumplieras una condena de prisión. ¿Cómo lo haríamos?

–Yo me acercaría aquí y charlaría con usted el tiempo que quisiera. Grabaría las entrevistas y, por supuesto, no las publicaría hasta que me diera el visto bueno.

–Acepto, pero con una condición.

–¿Cuál?

–Que no se publiquen hasta después de mi muerte. No quiero que se acerquen curiosos a darme la lata. Me agrada hablar con usted, y no sé por qué, pues con la edad me he vuelto huraño. Quizá me agrada porque tiene un aire tintinesco.

–Eso me dicen algunos amigos.

–Pues no se equivocan. ¿Acepta mis condiciones?

–¿Tengo otra alternativa?

–Me temo que no.

–Está bien. ¿Cuándo empezamos?

–¿Qué le parece mañana?

–Perfecto. Le espero a las ocho. Antes hago mi tabla de gimnasia y me ducho. Podemos desayunar juntos.

–Adiós, Tintín.

–No soy Tintín. Por favor, quítese eso de la cabeza. Tintín es un personaje de tebeo. Yo soy ciudadano belga, como su dibujante, el señor Georges Remi.

Volví al hotel bajo una lluvia persistente. Bruselas me pareció una ciudad elegante y discreta. Entre el gris y el azul, su cielo desprendía una suave melancolía, invitando a la nostalgia. Tendría que hablar con Álvaro y pedirle que me enviara dinero para prolongar mi estancia. El problema era que las entrevistas no podrían ver la luz hasta que pasaran Dios sabe cuántos años. El director de otra publicación me habría mandado al cuerno, pero Álvaro miraba a largo plazo. Se mostraría comprensivo. Su niñez y la mía, aunque separadas por dos lustros, se abastecían de los mismos mitos y habíamos llegado a la madurez pensando que el mundo se había vuelto más mediocre y previsible, lo cual constituía un signo inequívoco de vejez. Álvaro protestaría sin mucha convicción por la obligada espera, pero diría que adelante. Aunque no se tratara de Tintín, el asunto tenía buena pinta. Aquel viejecito no parecía un hombre cualquiera, sino alguien con un pasado interesante y quizá algún secreto. Estaba seguro de que Álvaro me apoyaría. Lo imaginé en su despacho preparándose una pipa mientras observaba el tráfico de Madrid, siempre caótico y bullicioso. Esa imagen despertó en mí el deseo de hacer algo festivo

para celebrar la aventura en la que me iba a embarcar. Me senté en una de las terrazas de las galerías Saint-Hubert y pedí un *mousse* de chocolate acompañado por un café capuchino. Mi organismo demandaba una buena dosis de azúcar. Mientras el chocolate se derretía en mi boca, experimenté la sensación de estar llamando a las puertas de la eternidad. Algo me decía que aquel viejecito me revelaría cosas que yo ni siquiera podía imaginar.

